

El capítulo dedicado al vestuario, muy en la línea de periclitados estudios semiológicos precedentes, se lleva la palma de las obviedades. Véanse, si no, las conclusiones que en él se extraen: «Por supuesto que no todas las obras son iguales; mientras la comedia de interiores burgueses o cosmopolitas exigía el frac y la elegancia, los sainetes pedían la blusa, la flamenquería o el vestido de todos los días, y la revista el lujo, el exotismo y la poca ropa en las bailarinas».

ARTURO RAMONEDA

Lima, Robert. *Valle Inclán. The Theater of His Life*, Columbia, The University Press, 1988, 378 pp.

Al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Valle Inclán en 1966, Robert Lima rindió homenaje a don Ramón María preparando la bibliografía más completa que se había recopilado hasta entonces sobre su obra de creación y la crítica alrededor de la misma. Lima observa ahora el cincuentenario de la muerte de Valle Inclán con una espléndida biografía del escritor gallego. Es una biografía literaria, es decir, que en ella se repasa el crecimiento vital de la persona paralelamente a su evolución estética y al desarrollo de su producción. Hombre-artista-máscara, según el conjunto con que Lima gusta de definir a Valle Inclán, cuyas hazañas personales examina dentro del contexto histórico nacional e internacional del momento en que le tocó vivir.

Fiel a la metáfora del título con que pretende captar el reconocido talento histriónico y la marcada tendencia a la teatralidad personal y estilística de Valle Inclán, Lima divide la biografía en épocas simbólicamente dramáticas, a la manera de etapas en el desarrollo del teatro moderno. Siguiendo un esquema tradicional de sucesión cronológica, documenta rigurosamente las idas y venidas de Valle Inclán registrando a la vez los acontecimientos socio-políticos y culturales de orden tanto nacional como universal, que encontraron resonancia en su vida y en su creación. Simultáneamente Lima va señalando la gestación y publicación de la obra valleinclanesca incluidas las variantes y autorrefundiciones hechas por el autor. Finalmente, va cotejando la

producción literaria con la evolución estética según se perfila en *La lámpara maravillosa*.

La biografía se inicia con un capítulo dedicado a los orígenes en el que se pasa revista a la situación de la España decimonónica que vio nacer a Valle Inclán y que más tarde le serviría de tema literario. Lima cuida también de dar una idea muy clara de lo que significaba haber nacido y crecido en la Galicia de tradición lírica, de supersticiones celtas y melancólicas leyendas que contribuyeron a forjar la dramática imaginación del futuro poeta.

El segundo capítulo, que completa la primera parte de la biografía, deja constancia de las circunstancias que originaron el primer viaje a México en la primavera de 1892 y de la actividad periodística en ese país, que ya da indicios seguros del estilo que iba a caracterizar la escritura de Valle Inclán. Lima nota, por ejemplo, que en las publicaciones mexicanas de ese año, Valle Inclán se ejercita en el uso de combinaciones binarias y trinitarias de objetivos, en la utilización de formas oscuras y arcaicas del lenguaje, en la economía verbal por medio de la precisión absoluta de la frase, en nuevas e insospechadas uniones de palabras y en esa tendencia tan suya a ficcionalizar su propia realidad personal. Justo durante esta primera estadía mexicana Valle Inclán descubre y adopta oficialmente el nombre con que pasará a la historia de la literatura española. Es también cuando su atuendo se vuelve un grito de bohemio romántico.

Dividida en tres etapas, la segunda parte de la biografía consta de siete capítulos y abarca los años de la madurez en los que encaja la obra más significativa de Valle Inclán, tanto la de concepción estilizante a la manera del Greco como la esperpéntica, al modo de Goya. Robert Lima analiza minuciosamente el clima político e intelectual de finales de siglo que en España se definió por el desastre del 98 y recoge testimonios dispersos de Valle Inclán aceptando la existencia de una generación a la que, según la propuesta de Azorín, admite pertenecer. Esta segunda parte de la biografía corresponde a los treinta primeros años del siglo XX empezando por 1898, año en que Valle Inclán inició su actividad de actor, que nunca llegó a florecer quizá porque su vocación no logró compensar

la pérdida del brazo izquierdo sufrida en el verano de 1899. Robert Lima es el primero, que yo sepa, en establecer una relación entre este hecho biográfico y la deformación física que caracteriza a personajes valleinclanianos con la suficiente frecuencia para considerarse un sub-tema de sus obras.

El capítulo 5 incluye una serie de declaraciones hechas por Valle Inclán respecto a su propia estética y al arte en general. Define el modernismo como «una tendencia a refinar las sensaciones y acrecentarlas en el número y en la intensidad». Con la perspectiva que da un siglo de historia literaria podemos comprobar ahora cuánta razón tenía Valle Inclán. Ninguna época ha manejado la sinestesia con más destreza y reiteración que el modernismo hispánico. En el capítulo 7 encontramos, con fecha de 1910, la primera declaración de Valle Inclán respecto a la conveniencia de que el artista adopte una postura demiúrgica para alcanzar la perspectiva central, distante y totalizadora que lleva a la percepción justa de la realidad esencial de los seres y las cosas.

El capítulo 8 es debidamente largo porque documenta el impacto que tuvieron en el ánimo de Valle Inclán acontecimientos tan importantes como la Primera Guerra Mundial, la Revolución Mexicana, la Revolución Bolchevique y el desasosiego nacional que, con el tiempo, desembocaría en la Guerra Civil. Años también de altibajos económicos y salud quebrantada, fueron, sin embargo, de gran producción literaria. Sin descuidar las publicaciones más célebres de Valle Inclán, Lima incorpora información sobre aspectos menos conocidos pero igualmente fundamentales de la personalidad y la obra de don Ramón. El más revelador es, quizá, el compromiso socio-político de Valle Inclán que él definió en términos morales y que ha quedado relegado al olvido por parecer incompatible con la estética modernista de perfección formal. Se ha estudiado la denuncia a favor de los desheredados implícita en la interacción entre don Juan Manuel Montenegro y los mendigos a él vinculados en las *Comedias bárbaras*. Sin embargo, todavía no se le ha hecho completa justicia a Valle Inclán respecto a la genuina solidaridad que le unió al indio mexicano, de cuyo lado se puso incondicionalmente, delatando los abusos de encomenderos y gapuchines, como se evidencia en *Tirano Banderas* y

otros escritos, pero, sobre todo, en ese conmovedor poema de 1922 que Lima recoge en la página 136 de la biografía aquí reseñada.

El capítulo 9, apropiadamente titulado «Absurdo», sitúa al Valle Inclán de las farsas y los esperpentos en el contexto europeo de entreguerras, al filo del conflicto civil. Teoría y práctica de la nueva modalidad teatral, por Valle Inclán adoptada, señalan los caminos por los cuales se encauzaba el arte deshumanizado, de vanguardia, que ha caracterizado a nuestro siglo. Un arte de técnica demasiado avanzada para el público español de aquel entonces.

La tercera parte de la biografía consta de un solo capítulo que pasa revista a los últimos cinco años de la vida de Valle Inclán, años que le vieron simultáneamente en la cumbre literaria y en una grave penuria económica, figura polémica que polarizó a lectores y conocidos en dos bandos que bien pueden quedar simbolizados en el grupo que, en 1932, le eligió presidente del Ateneo de Madrid y aquel otro que, ese mismo año, imposibilitó su admisión en la Real Academia Española de la Lengua.

Los diez capítulos que constituyen la biografía misma se complementan con una Coda a modo de conclusión, 729 notas, una bibliografía selecta, la versión española de 331 citas valleinclanescas y un índice onomástico. El conjunto representa una suma de cartas, telegramas y otros documentos, anécdotas verídicas y apócrifas, conferencias y declaraciones a la prensa, homenajes aceptados y rechazados, todo lo que, añadido a los análisis del contexto histórico, las asociaciones de Valle Inclán con las revistas y periódicos del momento, la relación de ediciones y variantes de sus escritos, rescatan de detrás de la máscara al hombre auténtico y escritor genial que hoy sabemos fue Valle Inclán y que sus contemporáneos más alertas ya supieron reconocer.

Escrito en inglés y bellamente editado, el libro de Robert Lima tiene el mérito de cumplir ampliamente el propósito para el cual fue creado: dar a conocer al público de habla inglesa la vida y obra de un clásico de las letras españolas. Como todo buen libro, éste también va más allá del propósito inicial, pues termina siendo no sólo la biografía de un escritor sino además

la crónica histórico-cultural de la realidad que Valle Inclán se propuso interpretar.

The Univ. of Nebraska at Lincoln ADELAIDA LÓPEZ DE MARTÍNEZ

José Antonio Piqueras Arenas. *El taller y la escuela*, estudio preliminar de Enric Sebastià Domingo, Madrid, Siglo XXI/IVEL, 1988, 219 pp.

El proceso revolucionario burgués, iniciado en España en 1808, mostró escasa receptividad al asunto de la educación popular pese a que de ella dependía en gran manera el respaldo social e ideológico que la clase burguesa necesitaba de los trabajadores para su desarrollo y asentamiento. La revolución liberal española produjo, fruto de sus contradicciones, generaciones de hombres ignorantes a lo largo del XIX. El autor de *El taller y la escuela* constata que inicialmente la transformación capitalista del país no reclamaba la necesidad de trabajadores instruidos «por más que la pretensión de convertir a los asalariados en ciudadanos hiciera aconsejable proporcionar cierta educación».

Hay que entrar de lleno en la segunda mitad del siglo, en torno al mítico 68, para registrar una intensificada voluntad de recuperar educativamente al trabajador bien para asociarlo a los intereses de la ideología dominante, bien para abrirle el camino a una vida más consciente. *Integrar* o *emancipar* son los opuestos móviles que impulsan diversas iniciativas institucionales, religioso-morales o laicas. Dualismo que se fragmentará más en el sector progresista donde acabarían pugnando el «pietismo» de quienes proponían una educación intelectual e inmanente destinada a arrancar a los trabajadores de las garras de la ignorancia, y el convencimiento, por otro lado, de que la educación era el instrumento fundamental de la emancipación social mediante el desarrollo de la conciencia revolucionaria.

José Antonio Piqueras, que no ignora los trabajos historiográficos en este campo de Antonio Viñao, Pere Solà, Ruiz Berrio y Puelles Benítez, así como los sociológicos de Fernández Enguita, se ocupa de describir y valorar el caso valenciano, sabe-